

Solemnidad de San Agustín

I Vísperas

Himno

Música: P. Samuel Rubio, OSA



Gran Pa - dre san A - gus - tín, o - ye nues - tro su - pli -



car: que vi - va - mos siem - pre - u - ni - dos a



Dios cui - da con a - fán, di - ri - gien - do tu re - ba -



ño, ¡oh Pon - tí - fi - ce - e - jem - plar! Por tu - a -
A - cla -



mor a la po - bre - za te da - el po - bre su can - tar; el juez
ran - do cuan - to - ha - bí - a en e - llas de - obs - cu - ri - dad, del Sal -

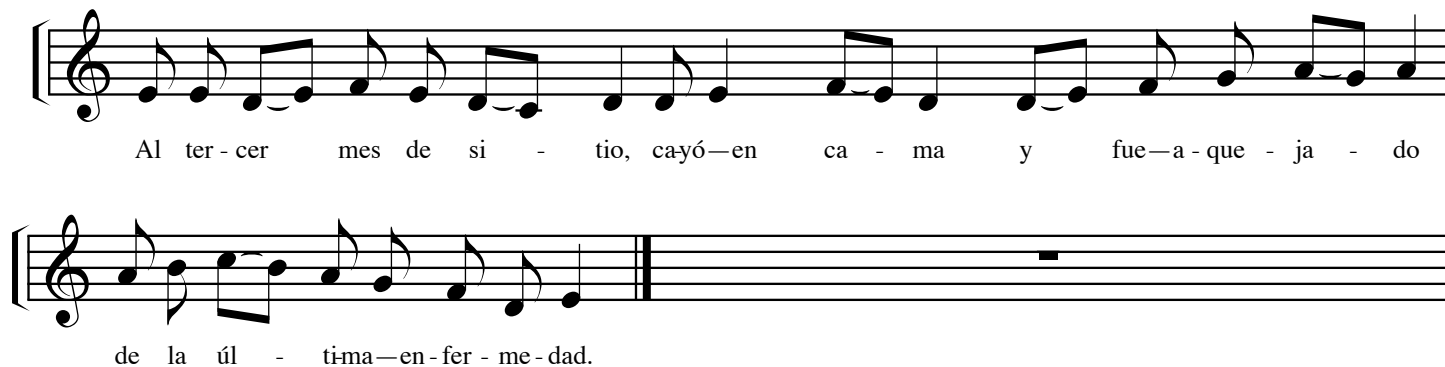


rec - to te pro - cla - ma de - fen - sor de la Ver - dad, mien - tras
va - dor las pa - la - bras nos das en sa - bro - so pan; y - en be -



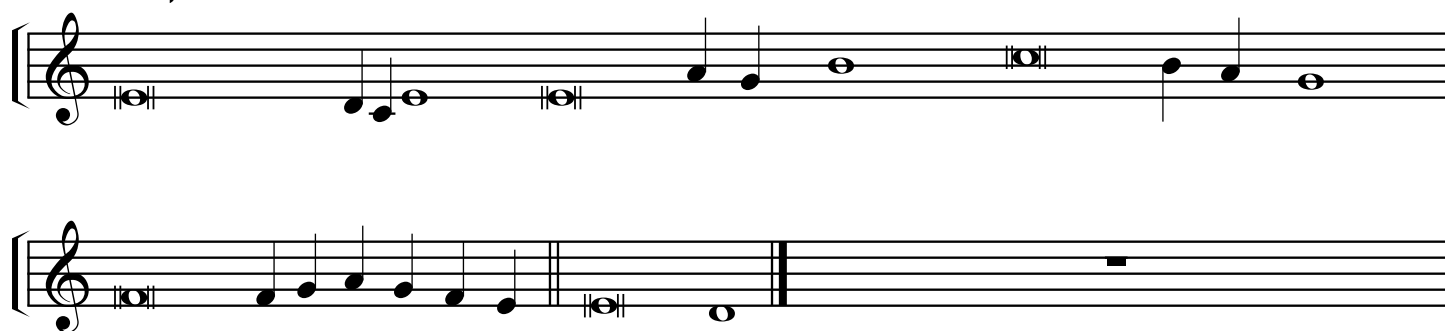
de las Es - cri - tu - ras nos re - par - tes el pa - nal.
bi - da sa - lu - da - ble de los sal - mos el cau - dal.

Antífona 1ª.



Al ter - cer mes de si - tio, cayó—en ca - ma y fue—a - que - ja - do
de la úl - ti—ma—en - fer - me - dad.

Salmo 70, 9-19a



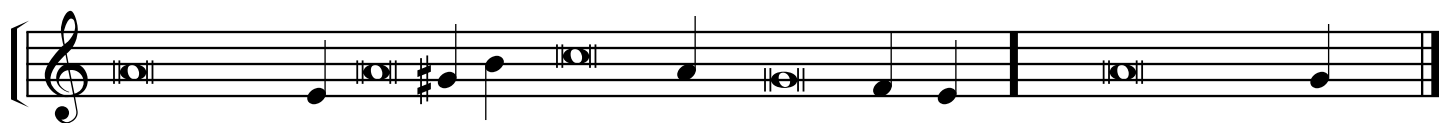
No me rechaces ahora en la vejez, * me van faltando las fuerzas,
no me—abandones; porque mis enemigos hablan de mí, los que acechan mi vida
celebran consejo;
dicen: “Dios lo ha abandonado; * perseguido, agarradlo, que nadie lo defiende”.
Dios mío, no te quedes a distancia; Dios mío, ven aprisa a socorrerme.
Que fracasen y se pierdan * los que atentan contra mi vida, queden cubiertos
de oprobio y vergüenza los que buscan mi daño.
Yo, en cambio, seguiré esperando, redoblaré tus alabanzas; † mi boca contará
tu auxilio, y todo el día tu salvación. Proclamaré tus proezas, Señor mío,
narraré tu victoria, tuya entera.
Dios mío, me instruiste desde mi juventud, * y hasta hoy relato tus maravillas;
ahora, en la vejez y—en las canas, no me abandones, Dios mío,
hasta que describa tu brazo * a la nueva generación, tus proezas y tus
victorias excelsas, las hazañas que realizaste
Gloria al Padre y—al Hijo * y al Espíritu Santo. Como era en el principio ahora—y
siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

Antífona 2ª.



Ya - cien-do—en el le - cho, mi - ra - ba—y le - í - a los
sal - mos pe - ni - ten - cia - les de Da - vid, pues - tos en la pa - red, y llo - ra -
ba con - ti - nua - men - te y—en a - bun - dan - cia.

Salmo 31



Dichoso el que está absuelto de su culpa, * a quien le han sepultado su pecado; dichoso el hombre a quien el Señor no le apunta el delito.

Mientras callé se consumían mis huesos, rugiendo todo el día, † porque día y noche tu mano * pesaba sobre mí; mi savia se me había vuelto un fruto seco.

Había pecado, lo reconocí, * no te encubrí mi delito; propuse: “Confesaré al Señor mi culpa”, y tú perdonaste mi culpa y mi pecado.

Por eso, que todo fiel te suplique en el momento de la desgracia: †

la crecida de las aguas caudalosas * no lo alcanzará. Tú eres mi refugio, me libras del peligro, me rodeas de cantos de liberación.

Te instruiré y te enseñaré el camino que has de seguir, † fijaré en ti mis ojos. * No seáis irracionales como caballos y mulos, cuyo brío hay que domar con freno y brida; si no, no puedes acercarte.

Los malvados sufren muchas penas; † al que confía en el Señor, * la misericordia lo rodea. Alegraos, justos, y gozad con el Señor, aclamadlo los de corazón sincero.

Gloria al Padre y al Hijo * y al Espíritu Santo. Como era en el principio ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

